

Ciudades de fin de siglo

Vida urbana y comunicación

Mabel Piccini^{*}

Las culturas contemporáneas no pueden pensarse fuera del crecimiento de las ciudades. Y, ampliando el sentido de la afirmación, podría decirse que las sociedades actuales sólo pueden ser concebidas como el triunfo de lo urbano. Lo urbano entendido, como lo hace Françoise Choay¹, en su carácter de sistema operatorio que se desarrolla en todos los lugares, en las ciudades y en el campo, en los pueblos y en los barrios, a partir de redes materiales e inmateriales y de un conjunto de objetos técnicos que ponen a circular un mundo de imágenes e informaciones que transforman los vínculos que las sociedades mantienen con el espacio, el tiempo y los individuos. La proliferación de lo urbano sobre el tejido social pondría en cuestión la antigua solidaridad entre *urbs* y *civitas*, con lo que la interacción entre individuos y grupos es al mismo tiempo desmultiplicada y deslocalizada. La pertenencia a comunidades de interés, sostiene Choay, no se funda más en la proximidad ni en la densidad demográfica local. Transportes y telecomunicaciones nos involucran en relaciones cada vez más numerosas y diversas; ahora, integrantes de

* Profesora investigadora del Departamento de Educación y Comunicación de la UAM-Xochimilco

¹ Revista *Esprit*, Junio de 1994, París, p.6.

colectividades abstractas, las implantaciones espaciales ya no se presentan ni coinciden con la estabilidad en la duración.

Sobre estos temas existen en la actualidad numerosos estudios que aunque tributarios de diferentes perspectivas nos permiten, precisamente por su heterogeneidad, aproximarnos a los diversos ángulos y perfiles de las grandes ciudades y, también, imaginar un cierto paisaje de fin de siglo. Entre ellos rescatamos algunas de las ideas que se repiten con una cierta insistencia (una especie de cartografía de los lugares comunes, en el doble sentido de la palabra, que son de todos y que se repiten): el desmoronamiento de lo social y de la vida pública, el florecimiento del individualismo y el retorno a la vida privada, el predominio de lógicas de supresión del espacio y de "aceleración" de los tiempos históricos, la proliferación de los no-lugares y los espacios del anonimato, la emergencia de nuevas reglas de exclusión desde los espacios urbanos y, finalmente, el triunfo de la comunicación a distancia y los trazados electrónicos como nuevos vínculos con el mundo. Cualquiera sea el ángulo desde el que se fije un punto de vista, existe una cierta coincidencia en un aspecto que se nos antoja esencial: asistiríamos a una crisis de lo que tradicionalmente se ha entendido por vida urbana, crisis de una forma de sociabilidad ligada a las relaciones en el espacio público y a las formas instituidas de la comunicación social, el intercambio político y, por extensión, la acción política en su máxima latitud. Todo ello conduce también a replantear la cuestión de las identidades individuales y colectivas, porque si la identidad de los grupos, por diversos que sean sus orígenes, depende del dispositivo espacial que los funda y los reúne, las nuevas configuraciones urbanas al poner en cuestión la estabilidad del territorio plantean, a la vez, nuevos problemas relativos a una idea y a un sentimiento de comunidad y de pertenencia.

No pretendo realizar un recorrido exhaustivo sobre estas cuestiones. Las utilizaré a modo de señalamientos con el fin de remontar el curso de algunas tendencias que se convierten en puntos de inflexión del pensamiento social contemporáneo sobre las ciudades y los estilos de vida urbana. Por lo demás, dichas cuestiones, tal como las he situado, marcan sólo líneas de pesquisa más que la intención de reconstruir el pensamiento de diversos autores. De tal manera, serán objeto de un uso instrumental, a modo de una caja de

herramientas, para pensar tanto el diagrama abstracto como las propias máquinas de producir sociedad que son las ciudades.

Velocidad y ensimismamiento

Y para comenzar, tal vez nada mejor que el relato que hace Paul Virilio de un antihéroe contemporáneo, encarnación de los poderes de nuestra época que crecen a partir de la invisibilidad, es decir, de la posibilidad de ver y controlar todo sin ser vistos. El antihéroe en cuestión es Howard Hughes, un magnate de Hollywood que se dedicaba por igual a fabricar veloces aviones como películas de segunda categoría y mujeres de culto en las escenografías de su época. Quizá lo que lo vuelve emblemático es una de las sospechas que se erigían alrededor de su personalidad y que uno de sus biógrafos formula a modo de pregunta, “¿por qué se dejó transformar en un hombre que no podía soportar ser visto?”²

Para Hughes, opina Virilio, *ser no es habitar*; la pretensión no es ocupar un lugar preciso, el lugar de pertenencia principio de identidad, sino todo lo contrario: estar en todas partes y en ninguna. La parábola del constructor de aviones es perfecta: el 10 de julio de 1938 su Lockheed-Cyclone comienza la vuelta al mundo sin escalas para, cuatro días después, en tiempo récord, regresar al punto preciso del que había partido. “Hughes no tardó en rendirse ante la evidencia: *su deseo de movimiento es sólo un deseo de inercia, el deseo de ver llegar aquello que permanece.*” El delirio de Hughes es, fundamentalmente, un delirio tecnológico. Encerrado por años entre cuatro paredes, mantuvo sin embargo a su alcance una ventana artificial: una pantalla de cine y, al lado, el proyector y los comandos mediante los cuales, como conduciendo un avión, proyectaba sus propias películas, o, tal vez, su propio sueño de realidad.

Lo esencial en las culturas de fin de siglo es la primacía del tiempo sobre el espacio, piensa Virilio³. “Aquí como en otros lugares, en nuestra vida banal y cotidiana, pasamos del tiempo extensivo de la historia al tiempo intensivo de una instantaneidad sin historia, permitido por las tecnologías del momento. Las tecnologías auto-

² *Estética de la desaparición*, Anagrama, Barcelona, 1988, pp. 25 y ss.

³ *Videoculturas de fin de siglo*, Cátedra, Signo e imagen, Madrid, 1990, p. 45.

móvil, audiovisual e informática van todas ellas en el sentido de una misma restricción, de una misma contracción de las duraciones.” La velocidad, como realidad y alucinación, destruye toda extensión, toda cronología. *Ya todo llega sin que sea necesario partir.*

Las formas del ensimismamiento parecerían ser consustanciales a las sociedades de alta tecnología. Las técnicas de la velocidad modifican la totalidad de los espacios sociales y también a los individuos que operan con ellas. Un rasgo común en los estudios de Virilio son tanto la variedad de registros con los que construye sus relatos cuanto una idea que reaparece: la intercambiabilidad de las tecnologías que en base a la velocidad construyen un nuevo paisaje del mundo. Así el automóvil, los trenes y los jets adquieren, en su pensamiento, un poder que es tanto mayor por su condición de relevos, de los unos con los otros, de unas pantallas con las demás ventanas artificiales: la computadora, el cine y la televisión. El mundo se convierte en el paisaje fugaz que se ve tras la ventanilla y de algún modo neutraliza cualquier movimiento personal. El conductor de autos veloces, el usuario de las discotecas así como el espectador de cine y el televidente sumergido en el rumor anónimo de relatos intercambiables expresarían, con parecidos matices, las diversas formas de ensimismamiento y de las técnicas de la indiferencia de las sociedades modernas.

Los estudios clásicos del modo de vida urbano insistían ya, a principios de siglo, en la incapacidad del habitante de la ciudad para mostrar disposición a ser abordado (y a ser visto). El habitante de la ciudad, escribía Simmel, es de un natural aburrido y hastiado que se cierra a la interacción y se encuentra en un estado de indiferencia flotante. Su actitud ante sus semejantes, desde un punto de vista formal, puede calificarse de reserva. “Más aún, si no me equivoco, hay detrás de esta reserva visible una ligera aversión, un sentimiento de extrañeza y de repulsión hacia los otros...” añadía Simmel.⁴ Por eso vive la mayor parte del tiempo en situaciones de alarma (Goffman) o atenzado por el temor al contacto (Canetti) o a la exposición (Sennett). Para muchos autores afiliados a las corrientes de la microsociología estos rasgos son principios esenciales del funcionamiento de un espacio público en las sociedades urbanas.

⁴ “Las grandes ciudades y la vida del espíritu.” *Cuadernos Políticos* n° 45, enero-marzo de 1986, México D.F.

La etnología de la soledad

Estas perspectivas ante el espacio y los modos de habitarlo se aproximan en cierto sentido a las de Marc Augé en sus estudios sobre lo que denomina no-lugares de las sociedades contemporáneas.⁵ La noción de no-lugar surge de modo de distinguir un tipo de espacios que se erigen por contraposición a lo que se ha entendido tradicionalmente como lugar antropológico, aquel en el que el individuo construye su identidad, el reconocimiento de los otros y el trazado de la memoria compartida.

Las sociedades modernas se caracterizarían por el exceso, que se manifiesta cuando menos en dos dimensiones: la del tiempo y la del espacio. La primera remite a las transformaciones que se operan en la percepción del tiempo, pero también en el uso que hacemos de él, a partir de la “aceleración” de la historia, la multiplicación de los acontecimientos y la superabundancia de la información en el “sistema planetario”. La segunda transformación, y segunda figura del exceso, es correlativa del “achicamiento” del planeta y la superabundancia espacial con los veloces medios de transporte y las redes de comunicación electrónica. De la imbricación de estas figuras surgiría la proliferación de no-lugares como característica de las sociedades urbanas modernas o lo que Augé denomina sobremodernidad. Un mundo de redes provisionales, de estados precarios y fugaces, donde el individuo es un viajero entre una y otra estación. De este modo describe las nuevas diagramaciones espaciales que se dibujan con las vías aéreas, las autopistas y los transportes veloces, los aeropuertos y las estaciones ferroviarias, las estaciones aeroespaciales, las grandes cadenas hoteleras, los parques de recreo, los supermercados, los centros comerciales, los bancos y las cadenas de cajeros automáticos, las redes de comunicación planetaria. Que es describir los espacios –espacios del anonimato– en los que se localizan casi la totalidad de las transacciones y los intercambios que se efectúan en el espacio urbano.

De Howard Hughes a los personajes ordinarios que habitan estos territorios media apenas un intervalo. Los no-lugares son lugares de pasaje en los que se establece una “contractualidad solitaria”, en el que el estado de viajero (el turista contemporáneo

⁵ Los “no-lugares”. *Espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad*. Gedisa, Barcelona, 1993.

o el viaje como juego de diapositivas) convierte al individuo en espectador de un paisaje en permanente mutación. “Es como si el espacio estuviera atrapado por el tiempo, como si no hubiera otra historia más que las noticias del día o de la víspera, como si cada historia individual agotara sus motivos, sus palabras y sus imágenes en el stock inagotable de una inacabable historia del presente.”⁶ La propagación de los no-lugares es también la de una colección de individuos que lo único que hacen es pasar, convertidos por sus roles más o menos transitorios en clientes, pasajeros, usuarios, oyentes, consumidores, que no están identificados, socializados ni localizados (nombre, profesión, lugar de nacimiento) más que a la entrada o la salida del sitio de paso.⁷

Estas experiencias y los comportamientos que suscitan podrían ser descritos con las designaciones puntuales de los microsociólogos: estados de reserva cercanos a la indiferencia, de atención flotante, de ensimismamiento. Aquí comienzan, diría Augé, las líneas de reflexión de una etnología de la soledad. Y, podríamos añadir, un tácito reconocimiento de las ideas clásicas de la sociología de los cincuenta que volvieron inolvidable la descripción de la “muchedumbre solitaria” y las “mayorías silenciosas”, como tema recurrente del anonimato y el desierto de las relaciones sociales en la jungla de cemento. Es la historia (o la sociología esta vez como relato) del individuo perdido en la multitud de las grandes ciudades con escaso poder de iniciativa y débil respuesta a las solicitudes de la vida pública.⁸

Las sociedades urbanas tienden a convertirse, de modo creciente, en un lugar sin centro. Son sociedades de una exuberante excentricidad. En este laboratorio, como rasgo constitutivo, se evidencian los trazos de la dispersión, lo que algunos llaman la desterritorialización de las ciudades modernas. Los efectos para sus habitantes podrían ser descritos como una suerte de deslocalización y, en su límite, de desocialización de la vida colectiva. En las sociedades modernas crecen las periferias, las localizaciones restringidas, la comunicación a distancia y los espacios del anonimato. Los lugares de elaboración de la ciudadanía, la plaza pública en la antigüedad

⁶ *Op. cit.*, p. 108.

⁷ *Op. cit.*, p. 114.

⁸ Entre otras contribuciones, cabe recordar el texto clásico de David Riesman, *The Lonely Crowd*. Doubleday Anchor Books, Garden City, 1950.

griega, el espacio público de comunicación en la época de las Luces como confrontación de opiniones e ideas, parecen definitivamente clausurados con la emergencia de nuevas modalidades de acción colectiva en la vida urbana. Como lo anota Joël Roman, la ciudad ha estallado por los espacios sin fronteras que inauguran la utopía de una comunicación transparente (la de los *media*) y, a la inversa, por el espacio restringido de las “tribus” que se reconfortan en identidades cada vez más cerradas y orientadas hacia el exclusivismo.⁹

Para otros, esta tendencia al encierro es resultado de la polarización de la vida urbana en núcleos de familias que se fortifican en sus certidumbres por la radical extrañeza que experimentan ante las estructuras burocratizadas de participación en las sociedades modernas.¹⁰

¿Una nueva esfera pública?

El nuevo transeúnte urbano forma parte de lo que algunos han definido como la sociedad de los consumidores. Es así como la concibe Gilles Lipovetsky cuando trata de definir el estallido de lo social hacia una suerte de “tribalización” de las costumbres. Esto es el resultado de la acción de múltiples maquinarias de dispersión social que contribuyen al repliegue en la vida privada. “La consecuencia inmediata de la proliferación de los objetos de consumo es, en efecto, la fragmentación individualista del cuerpo social; allí donde había intercambio social, hay desde ahora consumo privado, retracción individualista, atomización de los seres; la lavadora automática reemplaza al lavadero público y la televisión a la interacción directa.”¹¹

Una de estas maquinarias es el urbanismo que contribuye, con la especialización de los territorios, a la dispersión del ámbito público, aunque la aspiración explícita sea la de producir emplazamientos funcionales y regidos por la racionalidad. Las viviendas se separan de los talleres y lugares públicos, las zonas de residencia de

⁹ Joël Roman, “La ville: chronique d’une mort annoncée?”, revista *Esprit*, Junio de 1994, París.

¹⁰ Richard Sennett, *Vida urbana e identidad personal*, Península, Barcelona, 1975, p. 98.

¹¹ “Espacio privado y espacio público en la era posmoderna”, revista *Sociológica* n° 22, mayo-agosto 1993, México D.F., p. 228.

los complejos industriales y comerciales. La vida del barrio es sustituida por los conjuntos-dormitorio y por las ciudades periféricas, los suburbios. “La ciudad tradicional dominada por el polo de lo público ha muerto”, sostiene Lipovetsky, y con ello las formas tradicionales de sociabilidad.¹² La ciudad ahora es una aglomeración de viviendas privadas donde cada quien tiene su lugar para apartarse de los demás y recorrer tramos prefijados en el automóvil o el metro en los cuales el aislamiento persiste. Sin embargo, opina Lipovetsky, estos son caminos que conducen a la autonomía de las personas y a una nueva cultura democrática regida por el individualismo. Si esta nueva cultura tiene su sede de realización en el espacio privado y en el desarrollo de la vida íntima, Lipovetsky entiende que también y parejamente se ha producido una mutación del espacio público. La naturaleza de esta mutación está íntimamente relacionada con las nuevas formas del individualismo y las prácticas de consumo pero, sobre todo, con uno de los dispositivos que dan forma a estas tendencias, los dispositivos audiovisuales y las grandes centrales de información y comunicación.

En otro texto aclara estos puntos: las culturas de la imagen son concebidas como pieza clave en la conquista de la *autonomía privada* moderna y, en este sentido, de lo que llama la “revolución democrática individualista”. En particular la *información*, en sus diversas manifestaciones, y en la medida que diversifica las perspectivas sobre los acontecimientos, no sólo habría contribuido a multiplicar modelos y valores de referencia y a romper los marcos tradicionales comunes, sino también a hacernos menos tributarios de una cultura única e idéntica. “Como un *zoom* permanente, escribe Lipovetsky, la información en la democracia libera el espíritu de los límites de su mundo particular, actúa como motor de las conciencias, multiplica las ocasiones de la *comparación*, que, como afirma Rousseau, desempeña el papel principal en el desarrollo de la razón individual.”¹³

De tal modo, se sostiene, el aumento de lo privado y de la comunicación a distancia (lo que otros llaman las “democracias audiovisuales”)¹⁴ es principio de sustentación de las democracias mo-

¹² *Op.cit.* p. 229.

¹³ *El imperio de lo efímero. --La moda y su destino en las sociedades modernas--*. Anagrama, Barcelona, 1990, p. 255.

¹⁴ Sobre este tema puede consultarse el libro de Jean-Marc Ferry, Dominique Wolton y otros, *El nuevo espacio público*, Gedisa, Colección El mamífero parlante, Barcelona, 1992.

dernas puesto que afianzan la razón individual, la igualdad y la libertad ante la multiplicidad de enfoques y puntos de vista. De este modo asistiríamos no ya al declive de la esfera pública, sino sólo al ocaso del espacio público clásico. Éste cede lugar al desarrollo de otro tipo de razonamiento individual en el que desaparece la discusión entre personas privadas en favor del consumo y los canales de la información. En este sentido, Lipovetsky afirma que los *media* han ampliado la esfera del debate público permitiendo, en primer lugar, que un número cada vez mayor de ciudadanos estén al corriente de los diferentes datos de las opciones políticas y de este modo se constituyan crecientemente en jueces del juego político. Después, ampliando el espacio de polémica al promover –todos y cada uno de los medios– una dinámica de interrogación acerca del conjunto de problemas de la vida colectiva e individual.¹⁵

Otra versión: las tiranías de la intimidad

Lo que está en cuestión, dirán por su parte los que miden y evalúan los intervalos que regulan la interacción urbana, es la unidad dialéctica de distancia y proximidad, constitutiva de toda relación social.¹⁶ “Ciudad” y “civilidad” tienen una raíz etimológica común (*civitas*). Para Sennett, civilidad significa, por extensión, tratar a los demás como si fuesen extraños y forjar un vínculo social sobre dicha distancia social. Si la noción de intimidad alude, entre otras cosas, a la unión de los cuerpos, la de civilidad expresaría la separación de los mismos. Es un arte de la representación, una forma estrictamente regulada de mostrar la identidad que uno desea ver reconocida por los demás.¹⁷ La geografía pública de una ciudad es la civilidad institucionalizada,¹⁸ es decir, la exacta distancia que debe mediar –como intervalo político y productivo de comunidad– entre los ciudadanos. Por lo tanto, sostendrá Sennett, lo que se pierde con la multiplicación de los micromedios y el crecimiento de lo privado

¹⁵ *Op. cit.*, p. 268.

¹⁶ Sobre estos aspectos puede consultarse el capítulo “Intervalo” del libro de Isaac Joseph, *El transeúnte y el espacio urbano*, Gedisa, Buenos Aires, 1988, p. 80 y ss.

¹⁷ P. Aries y G. Duby, *Histoire de la vie privée*, vol. 3, Seuil, Paris, 1986, p. 166.

¹⁸ Richard Sennett, *El declive del hombre público*, Península, Barcelona, 1978, p. 327.

(rasgos de incivildad, en sentido estricto) es el mismo espacio público. Porque se trata del encierro del individuo en sociedades íntimas en que grupos selectos (unidos por imágenes colectivas basadas en rasgos étnicos, el barrio o la región) fundan su identidad en el rechazo de aquellos que no se hallan dentro del círculo local. A mayor intimidad de los círculos habría, según esto, menores niveles de sociabilidad puesto que se desvanece una imagen colectiva del “nosotros” y aún de la propia representación de comunidad.

Desde el momento en que se produce el repliegue del individuo a la vida privada ante la excentricidad de la ciudad, lo que desaparece es su condición de ciudadano y de hombre público. El espacio público queda inmediatamente segregado y esto es consustancial a los “tiempos de oscuridad”, dirá Hannah Arendt. “Aquellos que vivieron en dichas épocas y fueron formados por ellas, se han sentido tal vez siempre inclinados a despreciar el mundo y el reino público, a ignorarlos en la mayor medida posible, a pasarlos por alto, como si el mundo no fuera más que una fachada detrás de la cual la gente pudiera esconderse...”¹⁹ Lo que parece haberse cancelado, y a lo que hace expresa referencia H. Arendt, es el modelo de la *polis* griega en el que la creación de un espacio público significa que se ha creado un dominio público que “pertenece a todos”: las decisiones referentes a los asuntos comunes deben ser tomadas por la comunidad. La *polis*, en este sentido, es cada uno de los ciudadanos y su destino depende de la reflexión y el comportamiento colectivos; en otras palabras, *la polis es participación en la vida política.*²⁰

El estrechamiento del espacio público –para los griegos el espacio del diálogo y la amistad porque sólo el intercambio de ideas unía a los ciudadanos en una *polis*– no sólo conduciría a una puesta en crisis del mismo espíritu de lo urbano sino a una suerte de despolitización de las costumbres y de las reglas que alientan la solidaridad comunitaria, a la vez que se tambalean algunas de las claves que aseguran los principios de identidad, por ejemplo aquellas que definen la comunidad como un grupo social compuesto por miembros que creen compartir algo.

¹⁹ *Hombres en tiempos de oscuridad*, Gedisa, Colección Esquinas, Barcelona, 1990, p. 22.

²⁰ Cornelius Castoriadis, *Los dominios del hombre: las encrucijadas del laberinto*, Gedisa, Barcelona, 1988, pp. 122 y 123.

Una relectura de los datos desde las tecnologías del poder

La ciudad, desde otro enfoque, puede ser leída como el ámbito en el que convergen el poder, el territorio y la producción. Como maquinaria que produce espacios sociales, es una inmensa red de equipamientos colectivos, instrumentos de codificación de las energías de una comunidad que tienden a asegurar, nominalmente, cuatro funciones: trabajar, habitar, circular, recrearse. Cabe advertir que buena parte de estos equipamientos –el esqueleto, o el sistema óseo, de la ciudad– pertenecen a la categoría de no-lugares y, para decirlo de otro modo, corresponderían a las características de lugares de circulación. Todos en su conjunto y las relaciones que establecen entre sí parecen conducir, como trama de territorios, de imágenes y sistemas de control, al encasillamiento y seriación de individuos y grupos y a hacerlos circular según un sistema de prescripciones de relativa fluidez que se convierten en disposiciones del hacer y del vivir. Esto sería lo propio de las sociedades disciplinares²¹ que hoy alcanzan un diseño particular en los laboratorios urbanos. La propia cualidad heterogénea de los dispositivos que producen ciudad, su excentricidad generalizada, parecen inducir diagramas específicos que se afinan con el tiempo, de modo de repartir, encuadrar, normalizar, componer y fijar los flujos poblacionales, imponiendo estilos de vida, prácticas del espacio y modos de transitar en relación a ciertas economías del trabajo y de la productividad y a ciertas estrategias de producción de estabilidad social.

Así, como lo vimos anteriormente, la planificación urbana distribuye y segrega territorios en un vasto operativo que define cuadrículas de lo habitable: zonas de residencia y zonas de trabajo, espacios de recreación y emplazamientos de educación o de salud, el centro institucional y las periferias, áreas verdes y espacios de concreto o de cristal, las vías rápidas de circulación al lado del antiguo trazado urbano, con otro ritmo temporal. A cada dispositivo espacial (o a cada equipamiento o localización) corresponden determinadas funciones: hacer trabajar, educar, informar, permitir el descanso o la recreación. La tendencia al encuadramiento afecta aún los aspectos más efímeros del campo social y en eso consiste

²¹ Concepto que ha sido ampliamente teorizado por Michel Foucault, sobre todo en su conocida obra *Vigilar y castigar*, Siglo XXI, México, 1976.

específicamente la particular eficacia de los diferentes dispositivos. Podría decirse que, como signo de los nuevos tiempos, los mecanismos disciplinarios tienden a desinstitucionalizarse, a salir de las fortalezas en las que funcionaban y a circular libremente por diferentes lugares de la vida diaria.²² Hasta la familia, se sostiene, ha perdido sus funciones “públicas” para sólo mantener las “privadas” con la proliferación de los equipamientos colectivos de socialización (la especialización del espacio del trabajo, el desarrollo de la institución escolar, las guarderías, la alimentación en lugares públicos, entre otros). De este modo, la familia deja de ser una institución fuerte porque el cambio de funciones implica un cambio de naturaleza; su privatización es una desinstitucionalización. La familia, a la hora del eclipse de sus funciones tradicionales, se convierte en un simple lugar de encuentro de vidas privadas.²³

Y éste es un lenguaje común en las diferentes instituciones y equipamientos colectivos que intensifican las disciplinas de la indiferencia en las ciudades modernas, así como los lugares del anonimato y el vacío impersonal. La soledad del nacimiento no es demasiado diferente a la de la muerte en los grandes hospitales; los veloces ejes viales propician el desplazamiento de masas anónimas, verdaderas migraciones cotidianas, que intentan fijar una trayectoria con principio y fin; las zonas tradicionales de encuentro urbano se convierten en patrimonio histórico y objeto de contemplación guiada, intercambiable con los grandes centros comerciales. Estas tecnologías del uso de la ciudad alcanzan su consumación con los trazados de las redes audiovisuales, el lugar del no lugar, en las que el rumor anónimo de la calle o de la oficina es sustituido por voces anónimas que sin embargo, desde ese nuevo estilo de soledad, reclaman el arraigo de los espectadores. “La comunicación electrónica,” sostiene Sennett desde una perspectiva radicalmente diferente a la de Lipovetsky, “es un medio por el cual la propia idea de vida pública ha sido llevada a su conclusión.”²⁴

A la par que aumenta la fragmentación social, se amplían las franjas de marginalidad urbana; en sus diversas formas de manifes-

²² Francois Ewald, “Un poder sin un afuera”, en Balbier, Deleuze y otros, *Michel Foucault, filósofo*, Gedisa, Barcelona, 1990, pp. 164 y ss.

²³ Philippe Ariès y Georges Duby, *Historia de la vida privada. La vida privada en el siglo XX*, Tomo 9, Taurus, Madrid, 1991, pp. 61 y ss.

²⁴ *Op.cit.*, p. 349.

tación capturan a sectores cada vez más importantes de la sociedad. Ya no se trata sólo de locos, delincuentes o drogadictos, las clasificaciones clásicas de los desviantes; ahora los marginales se encuentran en cualquier calle y en las periferias, entre los desempleados, las pandillas y las bandas de jóvenes, en la masa de excluidos de los nuevos sistemas políticos, entre las migraciones, en los relegados a la esfera familiar y entre los públicos cautivos de la sociedad de los espectadores. Para algunos (Lipovetsky en particular y, por extensión, las corrientes afiliadas al postmodernismo),²⁵ la disgregación de los lazos sociales es uno de los síntomas más acentuados de los nuevos estilos del individualismo junto con otros factores que van definiendo la tendencia a la marginalidad y en sus formas extremas a la automarginalidad: la autonomización de las personas y la atomización de la vida pública, el repliegue a la esfera de lo privado y la paulatina despolitización de las fuerzas sociales.

Todas estas tendencias son, sin embargo, recuperadas por estos autores, en el sentido que creen ver en ellas los nuevos referentes de las democracias modernas. Si por un lado el individualismo tiene aspectos inquietantes como algunos de los citados (sobre todo aspectos ligados a la indiferencia y a la desmovilización), por el otro sería la reafirmación positiva de los ideales del liberalismo que propician la aparición de un tipo de individualidad menos apegada a los modelos tradicionales de comportamiento y, por lo tanto, de tendencia flexible, más escéptica, más cercana al pragmatismo. Si estas versiones son apenas creíbles en el momento que tomamos nota, aún en las sociedades desarrolladas, del crecimiento de la desigualdad, los particularismos y las guerras, mientras declinan las ideologías revolucionarias, y hasta la simple idea del cambio social, en favor de aquellas corrientes conservadoras que sumieron a sociedades enteras en “tiempos de oscuridad”, lo que importa destacar ahora son algunos de los rasgos que, vistos ya sea desde el neoliberalismo o el pensamiento crítico y radical, en franca declinación por estas épocas, parecen configurar los trazos más relevantes de las culturas de las sociedades urbanas de fin de siglo. Los temas del regreso al individualismo y a las sociedades íntimas y su secuela de marginalidad y despolitización parecen ser algunos de ellos, y finalmente, para ponerlo en términos abstractos, podríamos situar estas

²⁵ La referencia es el artículo citado anteriormente, “Espacio privado y espacio público en la era posmoderna”.

tensiones como la dialéctica entre socialización y desocialización del habitante urbano.

Cabe agregar que, al tiempo que la máquina ciudad produce marginalidades, produce asimismo integraciones, captura a estas fuerzas dispersas por la fuerza misma de los dispositivos. Y con esto quiero volver a las tecnologías audiovisuales como sistemas de reclutamiento de cuerpos y voluntades dentro del tejido de equipamientos colectivos de las grandes ciudades. Y, si acaso, llegar a otra versión de las llamadas “democracias audiovisuales”.

Medios y rutinas: la reinención de los lazos sociales

Las técnicas de la velocidad y los medios audiovisuales representan un nuevo estadio de los equipamientos colectivos y de la vida urbana. Éstos son dispositivos que producen ciudad, producen sociedad. A propósito de este tema, cabe recordar, como ha sido analizado por historiadores contemporáneos,²⁶ que las máquinas son sociales antes de llegar a ser técnicas. O, que hay una tecnología humana antes de que exista una tecnología material. (Braudel: “el útil es consecuencia, no causa”). Los dispositivos audiovisuales surgen y son implantados en una determinada fase del capitalismo mundial y de la transnacionalización de las economías. Se pliegan al crecimiento de los grandes conglomerados urbanos y al paulatino declive del hombre público; establecen articulaciones con la proliferación de espacios de anonimato y el vértigo de la velocidad; se ajustan con particular flexibilidad y funcionalidad a las nuevas modalidades del diseño urbano y su cuadrícula de espacios segregados y distantes que fijan los cuerpos a zonas suburbanas. Atienden a la creación de espacios homogéneos e intercambiables –la aldea global– en momentos en que se despliegan flujos migratorios que atraviesan países y continentes; crean disciplinas de arraigo ante masas crecientes de desarraigados y relegados de los sistemas sociales. Hablan un lenguaje intercambiable en situaciones en que florecen los particularismos y los dialectos de minorías y mayorías. Proponen un sistema estable y homogéneo de información y culto a la actualidad y al acontecimiento como disciplinas para apaciguar la incertidum-

²⁶ Gilles Deleuze, *Foucault*, Minuit, París, 1986, pp. 47 y ss.

bre creciente de la llamada opinión pública ante el hermetismo progresivo de los grupos cada vez más concentrados de poder. Fijan y arraigan la dispersión de las masas urbanas a puntos de solidez material y simbólica: la casa, la familia, y a la vez redistribuyen la desigualdad social con nuevas modalidades de exclusión-inclusión.²⁷ Concentran el poder de la palabra a la vez que extienden los márgenes de las sociedades de espectadores, un lugar que redefine las relaciones –y los lazos– sociales en la atomización y el encuentro a distancia.

Todo lo que es capaz de fluir produce un nuevo equipamiento colectivo. Toda la cuestión del *socius* consiste en impedir que los flujos del deseo se desparramen, escribían Guattari y compañía a finales de los setenta.²⁸ Pensar las tecnologías audiovisuales implica ubicarlas en una trama de equipamientos; cada equipamiento originario se rodea de equipamientos adyacentes que producen integración sobre la base de articular funciones y sujetos en un proceso de clasificación y encuadramiento de masas de población.

Es así que se establece la agrupación de instituciones que van configurando un determinado paisaje social en sus múltiples conexiones: los hospitales con otros centros de reclusión, con la familia y la casa, la empresa con la escuela y las vías de circulación rápida, los teatros y los cines en declinación con las pantallas domésticas, los aeropuertos con los supermercados y los grandes centros comerciales. Y todos ellos en una conexión global que marca las líneas de intensidad propias de un estado de la cultura y de la sociedad.

Es necesario establecer un *continuum* entre dominios que hasta hace poco eran privativos de los aparatos de estado y otros que dependen de la iniciativa privada y de la vida privada. Son campos

²⁷ Para no ir más lejos, se acentúan los desniveles culturales y las jerarquías sociales. Michel de Certeau (*L'invention du quotidien*) hace varios años ya anotaba que en Francia, a la par que se multiplicaban los espacios culturales, aumentaba la desigualdad entre los franceses. La cultura, como el dinero, sólo es para los ricos sostenía, pero todos se reúnen en las redes de los medios de comunicación (que capta a nueve franceses de cada diez). Resultados similares, pero aún más contrastados, pueden observarse en los países latinoamericanos. En una encuesta reciente realizada en la ciudad de México se muestra que las políticas y los equipamientos culturales reclutan un porcentaje ínfimo de la población. La mayoría que no ha leído ningún libro, ni visto teatro, asistido al cine, a museos, y mucho menos a conciertos de música clásica en los últimos años, es sin embargo público cautivo de la televisión y, en particular, de Televisa. (*Culturas de la ciudad de México: símbolos colectivos y usos del espacio urbano*, en N. García Canclini –coordinador– *El consumo cultural en México*).

²⁸ F. Fourquet y L. Murard, *Los equipamientos del poder –Ciudades, territorios y equipamientos colectivos*. Gustavo Gili, Barcelona, 1978.

o sistemas de concentración de los cuerpos que, como conjunto y en sus variadas articulaciones, prescriben un determinado uso del territorio, a la vez que inducen los vínculos que ligan a sus habitantes, normalizan, de algún modo, las energías colectivas y proyectan una cierta idea de identidad y pertenencia.

Así puede establecerse el conjunto estratégico que domina una época en cuanto a los nuevos sistemas de control de las voluntades y los cuerpos productivos de modo de intentar resolver los problemas clásicos del poder: ordenar las multiplicidades, articular el todo y sus partes, relacionar estas últimas entre sí.²⁹ Esto incluye también la delimitación de nuevos lugares de enunciación y de visibilidad al que confluyen casi todos como un modo de inscribirse en la modernidad, o como recurso para no sentirse excluido, cualquiera sea su emplazamiento en la pirámide social y urbana.

Esta actualización de las fuerzas y de las relaciones de fuerzas es importante porque se materializa en los micromedios y en los detalles efímeros y olvidables de la vida cotidiana que, como diría Foucault, en sucesivas integraciones van configurando la acción de los centros medios y superiores del poder: el estado, el gran mercado transnacional, entre otros.

Las tecnologías audiovisuales se inscriben en esta línea de acción que opera con particular eficacia en las atmósferas íntimas. Siguen el curso de desinstitucionalización de los mecanismos de control y actúan por intensificación de las rutinas de todos los días, como horizonte de posibilidad de las prácticas y del tiempo de vida, “constituyendo un *espacio*, un espacio parejo, intercambiable, indefinidamente redundante y sin exterior”.³⁰ La productividad del dispositivo y la cualidad de sus disciplinas están íntimamente ligadas al hecho de que definen la organización espacial y temporal de los sujetos, fijando, arraigando a los individuos a espacios localizables y bajo control. La televisión, en particular, instaaura el orden de la clausura en los ámbitos domésticos y familiares y arraiga los cuerpos a los intercambios espaciales y temporales más inmediatos. En algún sentido, como lo planteara Paul Virilio, éstas son estrategias de supresión del espacio y, también, de contracción de las duraciones: se trata de la conversión del departamento y del ámbito íntimo en

²⁹ François Ewald, *op.cit.*

³⁰ F. Ewald, *op.cit.*, p. 168.

una especie de módulo espacial con múltiples comandos, a partir de los cuales los individuos ya no son actores, sino una terminal de múltiples redes.

Si la esfera pública entra en progresiva declinación, en los términos que lo vimos anteriormente, este eclipse es resultado de un recurso paradójico por el cual, reducidas las iniciativas de los sujetos a su condición de espectadores, lo público (ya lejos de la versión de Lipovetsky) como distancia difícil de salvar, como saturación, invade la esfera privada porque instaura, *sin mediaciones*, un régimen de lo enunciado y un horizonte de visibilidad. Es trocar la experiencia vivida por la contemplación de un mundo que, a la vez que se amplía a través de las pantallas artificiales, es también el producto de poderes centralizados que usurpan, en la mayoría de los casos, la voz de la comunidad.

Los medios audiovisuales, dispositivos emblemáticos de la modernidad, transforman la vida de las ciudades y trazan, como las autopistas y otros espacios del anonimato, el curso de los nuevos trayectos del habitante de la ciudad. Tienden, por su propia gravitación de enclaves familiares, a intensificar los ritmos y rutinas de los grupos íntimos asegurando su segregación del espacio urbano. O, al menos, de lo que entendíamos como espacio urbano: juego de distancias, intervalos de relativo equilibrio entre el afuera y el adentro, experiencias urbanas –de la *polis*– en la que la dimensión *política*, en su máxima latitud, alentaba la convivencia, el diálogo y la amistad. Que es decir, la discusión –la puesta en discurso– de los asuntos comunes.

Lo que se encierra es el afuera, diría Maurice Blanchot.